

naron lo que ya había ido adquiriendo en la biblioteca de Palermo. «Menos que las escuelas me ha educado una biblioteca —la de mi padre—; pese a las vicisitudes del tiempo y de las geografías, creo no haber leído en vano aquellos queridos volúmenes» (O.C., pág. 236).

Para Borges, Europa significó, como ya lo mencionamos, un doble descubrimiento: el del cosmopolitismo cultural y el de la libertad adolescente, por un lado, y, por el otro y de no menor importancia, la profunda percepción de Buenos Aires como memoria activada en el presente. En el poema «Arrabal» que integra *Fervor de Buenos Aires* (el primer libro que escribió después de regresar de Europa) Borges expresa paradigmáticamente lo que intentamos señalar:

Esta ciudad que yo creí mi pasado es mi porvenir, mi presente; los años que he vivido en Europa son ilusorios, yo estuve siempre (y estaré) en Buenos Aires.

La experiencia europea —primero Ginebra y después España— refuerza los lazos con su ciudad natal, le ofrece una percepción más honda del cruce entre su escritura y Buenos Aires que se va convirtiendo paulatinamente en el inicio y el destino final de todos sus peregrinajes. Lo único real, junto con los libros leídos o por leer, son las calles de Buenos Aires, Palermo, el sur, Adrogué, el hotel «Las delicias», un patio profundo, una caminata nocturna con algún amigo (recuperando sus salidas ginebrinas y, luego, en las ciudades españolas), una conversación en un café del Once con Macedonio Fernández. Ciudad-refugio, espacio para una errancia lúdica, cobertura ontológica, patria contra los exilios. Europa, en cambio, es «ilusoria», una parada fugaz, una visión relampagueante e iluminadora que, a lo largo de los años acabaría entrelazada con su comarca sureña. En esos años juveniles Borges todavía no tiene tiempo para sentir la nostalgia de una juventud que se le escapa de las manos como la arena del mar; todo su fervor está puesto en Buenos Aires. Pero al final de su vida recordará con esa nostalgia de la que carecía en los años veinte, una nostalgia nacida del paso del tiempo y de la vida que lentamente se escabulle, a Ginebra, su «otra» ciudad, la de la adolescencia, la de la amistad, la antigua y venerable ciudad de Calvino, la que vuelve a través de la lucidez implacable del recuerdo. Allí sí se da el cruce entre Buenos Aires —la eterna— y Ginebra —la de la felicidad—.

La escritura de Borges, como también la de Walter Benjamin, se asemeja a su caminar la ciudad, con su ritmo, con la limpieza del azar, de las calles que se entrelazan en un laberinto cuya salida ya está destinada. La narrativa de Borges se sostiene (en uno de sus pilares) en la ciudad y en su experiencia de caminante.

las encrucijadas oscuras
que lancean cuatro infinitas distancias
en arrabales de silencio
«Cercanías»

En estos versos quizá se encierra la visión borgiana de la ciudad. Metáfora (que también encontraremos en Benjamin) que reúne «encrucijadas» e «infinitas distan-

cias»; visión de un imposible acabamiento, de una vagancia por «arrabales de silencio» que prolongan hacia todos lados los tentáculos de la ciudad. ¿Cómo caminarla? ¿Hacia dónde ir? Benjamin dirá que sólo se conoce verdaderamente una ciudad cuando uno ha aprendido a perderse en ella, cuando se la ha penetrado y atravesado por los cuatro puntos cardinales (Borges en «La muerte y la brújula» construye una imagen de la ciudad solidaria con la mirada benjaminiana). La metrópolis como un manto velado que con infinita paciencia puede ir recorriendo el caminante; pero también la ciudad como memoria, casi como experiencia anacronizante que conmueve el andar distraído del paseante que busca a su alrededor lo que ya ha dejado de existir, aquello que se ha perdido entre los pliegues del recuerdo. «La imagen que tenemos de la ciudad —escribe Borges en «El indigno»— siempre es algo anacrónica. El café ha degenerado en bar; el zaguán que nos dejaba entrever los patios y la parra es ahora un borroso corredor con un ascensor en el fondo». Quien se ha perdido sabiamente en una ciudad es capaz de romper la monotonía de la sucesión temporal, de escaparle a esa forma mefistofélica de destrucción de la memoria que es el progreso; pero también es posible percibir de otro modo el desplazamiento del presente hacia el futuro, porque «...al igual que hay plantas de las cuales se dice que poseen el don de hacer ver el futuro, existen también lugares que tienen la misma facultad. En su mayoría son lugares abandonados, como copas de árboles que están junto a los muros, callejones sin salida, jardines delante de las casas donde jamás persona alguna se detiene. En esos lugares parece haber pasado todo lo que aún nos espera» (Benjamin: *Infancia en Berlín*, pág. 25). Jeroglífico que el caminante busca descifrar, espacio donde se mezclan realidad y ficción y donde la escritura va encontrando su ritmo, sus temas, haciéndose cargo de las oscuridades que encierra el paisaje urbano, de sus infinitos vericuetos y de sus fantasmagóricas siluetas que la atraviesan confusamente en múltiples direcciones. Quizá de ahí nazca esa inaudita necesidad de perderse en calles laberínticas que pueden esconder sorprendentes secretos o revelarnos la trama escurridiza del futuro, no en las formas esplendorosas que adquiere en los monumentos ejemplares del presente, sino en sus ruinas, en sus rincones olvidados y en sus desechos, allí donde lo «moderno» nos vuelve su otro rostro. Del mismo modo que a la ciudad hay que descifrarla, la literatura —como acertadamente escribe David Arrigucci— es para Borges «un arte del desciframiento», impulsada por una inacabable «curiosidad intelectual» que se asemeja a la actitud inquisitiva ante los libros y el universo. Para Borges caminar la ciudad supone reencontrarse con el pasado, viajar hacia esos penumbrosos y olvidados rincones de la memoria; ya que para el autor de *El Aleph* «poseemos lo que perdemos; acaso es ése el encanto que tiene el pasado. El presente carece de ese encanto. Yo creo que el pasado es una de las formas más bellas de lo perdido» (en R. Alifano, *Borges, biografía verbal*, pág. 71). Su anacrónica manera de caminar Buenos Aires simboliza con extraordinaria ejemplaridad el sentimiento borgiano del pasado como «una de las formas más bellas de lo perdido». En *Siete Noches* Borges se detiene, con la morosidad del conversador infatigable, en sus re-

cuerdos, y desanda, a través de las palabras ese sentimiento de una nostalgia vivida como ensoñación (también Benjamin amparó su escritura, y su visión del presente, en esa peculiar sensibilidad que sólo fecunda la nostalgia). «Si yo pienso en Buenos Aires —nos comenta el Borges anciano—, pienso en el Buenos Aires que conocí cuando era chico: de casas bajas, de patios, de zaguanes, de aljibes con una tortuga, de ventanas de reja, y ese Buenos Aires antes era todo Buenos Aires. Ahora sólo se conserva en el barrio del Sur» (O.C., pág. 279). Literatura urbana, atravesada inextricablemente por el laberinto de calles que pueblan sus sueños, de un tiempo que ha roto su linealidad y que entrelaza festivamente la lejanía de lo ya vivido con la urgencia de lo actual; ensayismo plegado a los vaivenes sorprendentes y sorpresivos del caminante que, a paso descompasado, recorre infatigablemente la metrópolis, dejándose conducir por su ritmo, mezclando sabiamente azar y certidumbre. Borges y Benjamin, dos escrituras de la ciudad y en la ciudad, amparadas por sus encuentros y sus extravíos, ansiosas de la novedad de cada esquina y de la repetición balsámica de lo conocido. Ciudad de la infancia, aventura de las tardes de verano, magnífica y aterrorizadora; ciudad de la adolescencia, erótica vivencia de la infinitud, del descubrimiento, de la salvaje libertad; ciudad que lentamente se va convirtiendo en recuerdo, ámbito trabajado por la memoria, espanto del ayer despiadadamente ido. Metáfora del universo, escenario inabarcable de la vida.

II

Borges ve a Buenos Aires con ojos antiguos; su visión de la ciudad no es contemporánea, una experiencia concreta del presente, sino que se remonta a su infancia y a lo que vieron y vivieron sus antepasados (quizá la ceguera —el destino de los Borges— significó, como a Funes la postración, la recurrencia, en el escritor, de la memoria como la fuente de sus narraciones). Borges regresa una y otra vez a la Buenos Aires de Rosas, la ciudad baja, con patios y con zaguanes, una ciudad todavía provinciana que no ha dejado de ser una gran aldea, con sus orilleros y sus márgenes abiertos a la inmensidad de la llanura y el desierto. Borges nos habla del Sur como si fuera el último resto de esa ciudad mítica desaparecida; escuchemos sus palabras: «Y la alegría de volver al barrio de Monserrat, en el Sur. Para todos los porteños el Sur es, de un modo secreto, el centro secreto de Buenos Aires. No el otro centro, un poco ostentoso, que mostramos a los turistas [...]. El Sur vendría a ser el modesto centro secreto de Buenos Aires» (O.C., pág. 279). Y su escritura persigue esas formas fantasmales que los ojos enceguecidos siguen vislumbrando en las calles de una ciudad metamorfoseada. Borges es la memoria literaria de una Buenos Aires desvanecida en el vaporoso recuerdo de su madre. Ciudad de la memoria que reinstala en el presente el laberinto mágico de los orígenes. Para Borges su destino de escritor está inescindiblemente entretejido con esa experiencia anacronizante de Buenos Aires. El autor de